

la línea y en el color, pero nunca en la luz, porque ésta es tan efímera y mudable que no puede servir ni como elemento de conocimiento ni como elemento de individuación de los seres; que de antiguo convienen los filósofos en que la materia es el principio de individuación.

Nada pues, más absurdo que esa corruptela artística, que ese vanidoso virtuosismo que da a la luz tan grande importancia que la hace único objeto de su arte<sup>25</sup> y aun llega a querer perpetuarla en aquellos momentos en que confunde y altera la forma sustancial y permanente de las cosas.»

En brillantes períodos, llenos de hermosas imágenes, fue ampliando después cuanto había expuesto<sup>26</sup>, y terminó con un párrafo magnífico, que valió al señor Valle-Inclán una ovación cariñosa y entusiástica.

En el transcurso de la conferencia fue interrumpido varias veces por los aplausos del público.

Éste salió complacido de tan importante acto.

Al terminar la conferencia fue obsequiado el señor Valle-Inclán por la directiva del Círculo con un *champagne* de honor, y el ilustre literato, de-

nal de antes de aquel momento preciso en que lo halló el artista. El original pasó, envejeció, murió; el retrato recuerda un momento de aquella vida, lo vemos a través del recuerdo que se hace como una suma de valores análogos» (pág. 2).

<sup>25</sup> Precisa Las Provincias: «Sorolla pintando la luz, la vida, está más lejos del arte que el Greco cuando hacía un retrato de persona a quien no viera, tomándolo de la mascarilla en yeso de aquella persona muerta».

<sup>26</sup> La Voz de Valencia recogió los siguientes puntos del final de la conferencia:

«La visión de la Tierra no ha de ser desde un punto que podríamos llamar llano, sino desde una altura para que la visión del paisaje fuese circular, así lo hacían los pintores antiguos.

El crítico [Zola] decía que 'el arte es la visión de la

vida a través de un temperamento'; esto es falso, la visión ha de ser múltiple, por eso las obras artísticas más grandes son las que ha creado un pueblo y no un artista.

Magníficamente pone como ejemplo gráfico la descripción de un incendio, en que un espectador no puede ver más que una parte determinada del incendio, mientras varios, situados en distintos puntos, pueden tener idea completa de él.

El arte —dice luego— no es más que una elevación que nos ha de acercar a Dios.

Elogia y presenta como modelo de pintura, en la que se demuestra la impresión de un algo más que el presente, 'La Gioconda', de Leonardo da Vinci. La expresión de 'La Gioconda' es ambigua; no sabemos si está seria y se apresta a sonreír, o si sonríe y va a ponerse

seria; es una expresión que se alarga. [Cf. El Correo: El artista ha de dar a sus obras lo que el conferenciante llama prolongación del momento.]

Esa ambigüedad que tiene la pintura de Vinci de dos sensaciones tan grandes, es como la del alba y el crepúsculo cuando sentimos el día que se va y al mismo tiempo la noche que llega, la noche muriente y el día cercano. Por eso son éstas las mejores horas para la oración.

Elogia al Greco. Todas sus figuras tienen una máscara espiritual que quizá no fuese en muchos momentos la que aquellos personajes tenían, pero es la que sorprendió el artista como más sintética y universal.

La razón de la síntesis pictórica a que llegó el Greco después de su primera manera, quizá fue debida a un

incidente, al retrato que tuvo que hacer del cardenal Tavera, ya muerto, tomando por modelo la mascarilla que del cardenal había hecho el escultor Berruguete.

[Cf. El Pueblo: El Greco dio a sus figuras una trascendencia mística, las infundió un gesto de tortura que tal vez no tuvieran los españoles de entonces. Pero esas caras exaltan los méritos del Greco que no se fijó en la vida banal que borra los rasgos íntimos de los seres y sí en la muerte que los restablece.]

Terminó el conferenciante diciendo que saber ver el pasado, el porvenir, en una síntesis de sentimientos, de tiempo, era la gran oración de todos los artistas. [Cf. El Correo: «Terminó diciendo que en hacer síntesis de sentimiento y de tiempo, del pasado y el porvenir, está la verdadera misión de todos los artistas.»]

seando corresponder a las atenciones de que fue objeto y como recuerdo de su visita, escribió en un álbum unos inspirados versos.

### *El Correo (Valencia), 1-6-1911, p. 1*

Ayer tarde dio Valle-Inclán su conferencia en el Círculo legitimista. Asistió un público numerosísimo.

Habló de la España tradicional, del alma de España, «loba sin hiel que llevó su fe por el mundo como llevó Roma sus águilas imperiales»; de aquella España cuyos soldados «eran apóstoles de una idea vestidos de hierro, que empuñaban la espada que, al ponerla en el yunque, se rociaba con el agua bendita de la religión»; de la España siempre religiosa y caballeresca. En la Historia de España se ven siempre mezclados estos sentimientos.

El intelecto español está encarnado más que nada en los moralistas. Sobre la obra de Séneca, Cervantes, Jorge Manrique, Luis de León, parece que pasa el gran viento de la Biblia. Nuestras guerras han sido guerras morales, de religión. Jamás han sido propiamente militares<sup>27</sup>.

Los Reyes Católicos, por ejemplo, no intentan la conquista de Portugal sino la de Granada a donde había que llevar una idea. Hernán Cortés, después de conquistar un mundo, se siente más satisfecho del hospital que fundó en México. Miguel de Mañara funda también su obra de Sevilla; todos los españoles han querido perpetuar su nombre, más que en las hazañas, fundando, en una idea de ética, de moral, de religión.

Terminó su hermosísimo discurso entonando su letanía a España, «hierro de lanza, azar de quimera, alma acariciada por los arrullos de la paloma griega y elevada por la audaz águila romana».

En toda su hermosa conferencia el numerosísimo público que le oía tuvo que interrumpirle con sus ovaciones, que fueron al final prolongadas y entusiastas.

### «Efímera. D. Ramón del Valle-Inclán» *El Pueblo (Valencia), 31-III-1912, p. 2*

D. Ramón del Valle-Inclán tiene que llamar la atención de alguna manera. Cuando no habla mal de los demás le falta algo al autor de *Sonatas de estío* [sic]; por eso D. Ramón del Valle-Inclán, viendo con dolor que su cenáculo donde pontificaba despotricando, se iba quedando desierto, buscó

<sup>27</sup> Cf. la transcripción de la quinta conferencia pronunciada en Buenos Aires, menos de un año atrás, sobre el tema «La España antigua»: «Luego, del Valle-Inclán dijo que España no había sido nunca un país de guerreros. [...] 'Todas las guerras emprendidas y sostenidas por España, agregó, tuvieron un fin moral'. 'Así, pues, aquella fue siempre una tierra de moralistas. [...] Moralistas fueron los conquistadores, continuó, que lucharon para fundar en las tierras desconocidas de América» (La Nación, 12-VII-1910; ver Aurelia C. Garat, «Valle-Inclán en la Argentina», pág. 110).

la sombra del árbol de Guernica, cabe el tradicionalismo militante. A falta de cenáculo donde desbarrar sin trabas, aceptó el cobijo de una partida —el jaimismo— para contrabandear sus «humoradas». Porque el autor de *Romance de lobos*, más estilista que sazonado escritor, tiene la humorada de desdeñarlo todo sin pararse en pelillos, ni recordar que existe una Verdad a la que hay que rendir acatamiento. Así, desdeñando y mintiendo, va pasando su vida el épico D. Ramón del Valle-Inclán, que oculta con su barba lacia, el rubor de las bofetadas, y con el cabestrillo el cercenamiento de un brazo, ganadas una y otra vez en sus andanzas de baratero, bravucón y reducido, aunque no resignado.

Yo conocí a D. Ramón del Valle-Inclán en Nuevo Levante. Allí meliflúo y cínico, ensartaba disparates, comentados con apicaradas sonrisas del aguafuertista Baroja; pero los demás «enseres» del cenáculo rutilaban seducidos por la fecundia del Pontífice. —«¡Bah! ¡Castilla! —exclamaba con decir lento de doctor monótono, molesto y procaz como el caer intermitente de la gota de agua— Castilla es una ficción; falsas son sus leyendas; su historia, cuentos. Yo no he encontrado más que chozas de adobes en tierras castellanas; pero nunca he visto mansiones señoriales, moles de granito, austeras como los legendarios moradores. Mis mayores, se habrían consumido de tedio en las residencias de los caballeros castellanos»— después, una pausa daba tregua al comentario silencioso del cenáculo, que admiraba al preboste D. Ramón del Valle-Inclán por su sapiencia y sus «conocimientos fidedignos». Solos Baroja, el aguafuertista, Anselmo de Miquel [sic], el pintor notable, y algunos más, subrayaban con francas risotadas las «genialidades» del Antecristo.

El cenáculo se dispersó. Ya el café del Nuevo Levante, no era tienda de campaña en la que pudiera dogmatizar el guerrillero sub-americano D. Ramón del Valle-Inclán. Nadie seportaba [sic] las humoradas del refundidor de «Fuente Ovejuna», y pensó que podía hacerse un cenáculo del jaimismo, loando las gentilezas de los carlistas; el marqués de Bradolín [sic], con su linajuda ejecutoria se hizo faccioso, como se hiciera moro si las jarcas soportasen su tontería. Y D. Ramón del Valle-Inclán, que buscó en el carlismo mercado a sus obras<sup>28</sup> —menos conocedor [sic] que las de Trigo para tormento del delicado estilista— un día, según *El Correo Catalán*, conspiró con D. Jaime, y ahora según *El Correo Español*, presenta la nueva faceta de juglar del Nazareno, iniciando un glosario bíblico<sup>29</sup>. Yo no creo en el fervor cristiano de D. Ramón y se me antoja más en carácter levantando el plano para una invasión de los *requetés* jaimistas, ya que conoce palmo a palmo las tierras castellanas «con sus chozas de adobes». Pero sí le reconozco consecuencia en el menester de hablar mal de todo; y espero que

<sup>28</sup> Cfr. la nota 9 donde dicha motivación queda desmentida, indicando tal vez que se trataba de un tópico.

<sup>29</sup> Será alusión al artículo «Obra nueva de Valle-Inclán. 'Un milagro de Jesús', firmado por Severino Aznar y publicado en *El Correo Español (Madrid)* el 19-III-1912 (pág. 1). Publicaba Aznar la noticia de que Valle estaba escribiendo «un poema escénico sobre episodios del Evangelio» y que éstos serían tres:

- 1.º Un camino de Galilea.
- 2.º Sobre el lago de Tiberiades.
- 3.º Las vendimias en Magdala.»

Aseguraba que «Buscar en la Biblia inspiración para sus poemas novelescos y escénicos, es una obsesión en Valle-Inclán desde hace mucho tiempo» y no faltaba una declaración del autor gallego al respecto, de hacía un año:

«—No sé por qué los artistas cristianos no vamos con más frecuencia a beber nuestra inspiración en esa fuente inextinguible de la Biblia. Hace dos mil años que, sin darnos cuenta, estamos trasvasando su poesía, llena de misterio, a nuestras almas. ¿Por qué el artista escénico no podrá trasvasarla a sus poemas o a sus dramas? Ya sé que muchos han fracasado, pero creo que fracasaron porque no supieron conservar en sus obras la pátina de lo sagrado, la serenidad e inalterabilidad de la voz de Jesús: buscaron el camino de las pasiones humanas de sus públicos, en vez de herir esa

en los ocios de sus incursiones bíblicas nos regale con un nuevo libro encomiástico de las virtudes de doña Berta de Borbón y sus andariegas y egregias hijas. Manera de murmurar digna de la alta prez del tundido D. Ramón del Valle-Inclán.

Jullano

## Dru Dougherty

*cosa divina que la fe deja en las almas: sacrificaron la emoción cristiana a la emoción dramática. Yo voy a hacer una tentativa...»*

*Aznar terminó su artículo evocando la trayectoria cristiana que Valle se había planteado en su arte:*

*«Y con un entusiasmo que desbordaba de sus ojos, de su gesto, de su palabra, me*

*contaba sus planes de artista. Concluiría sus episodios de la guerra carlista, eso desde luego; cada día veía más claro lo que en aquella exaltación del alma de la Tradición había de romántico, de epopéyico, de fuerte, pero al mismo tiempo escribiría historias de Santos y episodios escénicos sobre asuntos de la Biblia. En*

*la vida de los Santos había dramas inenarrables y una grandeza espiritual en la que la poesía florecía espontáneamente, atropelladamente, como las plantas en los trópicos. En las narraciones bíblicas, más que en obra alguna de los hombres, podía el artista atisbar esos rasgos de infinitud y de inmutabilidad que, si es ver-*

*dadero artista, ansía dejar en sus obras, y una canteira de emoción a la que ninguna generación ha sido insensible. Y para acertar, para no exponerse al peligro de una mixtificación o de una interpretación heterodoxa —riesgo tan frecuente— él se empaparía en los escritores, en los teólogos, en los hagiógrafos cristianos».*